

lan Simplicios y Atanasios. Pero lo más triste del caso es que los hay dentro del propio ministerio: ortodoxos empedernidos y modernistas exagerados. Es penoso que el hermano Martínez no pusiera un nombre al "cristiano ideal." ¿Para qué? Para que nuestro hermano Simplicio y nuestro compañero Atanasio usaran de ahora en adelante el nuevo nombre, aunque fuera como pseudónimo. ¡Aún así valdría la pena!

* * *

En noviembre pasado recibimos carta del Dr. Archilla, quien viajaba por el Norte, hablándonos de Gabriela Mistral: "Para interesarla en la vida religiosa, prediqué mi sermón "La Autoridad de Cristo." Gabriela Mistral tiene el tipo criollo, los rasgos son indígenas, las maneras afrancesadas, la conversación lírico-filosófica, y el sentimiento religioso es de origen católico romano, pero con tintes místicos y pragmatismo protestante. Es realmente atractiva e interesante su persona. Hará buena impresión en el elemento intelectual puertorriqueño."

* * *

Dice Brisbane que si el Redentor volviera en 1931 se enteraría que el milagro de las bodas de Caná de Galilea no fué la transformación del agua en vino, sino la transformación del agua en jugo de uvas que no contiene más que la mitad de uno por ciento de alcohol. Y nosotros aseguramos que el compañero Aquino Ojeda es buen testigo de que Brisbane tiene razón, pues él ha oído comentarios análogos. ¡Y Cristóbal también!

CRISTOBAL.



LA MAESTRA RURAL

(A Federico Onís).

La maestra era pura. "Los suaves hortelanos." decía, "de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz."

La maestra era pobre. Su reino no es humano. (Así en el doloroso sembrador de Israel). Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano ¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida! Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad. Por sobre la sandalia rota y enrojecida, tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor! Los hierros que le abrieron el pecho generoso, ¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor

del lucero cautivo que en sus carnes ardía;
¡Pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida,
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de
luna;
almohadas de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad,
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

Gabriela Mistral.

VESPERAL.

Poema de la Clase.

Sobre la parsimonia de nueve dromedarios,
dromedarios rumiantes de noches y de auroras,
"Aventura" por lema, beduinos temerarios,
la fe por norte, lumbre de ensueños libertarios,
prosigan la jornada serenos, solitarios...
—Pasan calladamente y en procesión Las Horas.

Atardeceres beben horizontes; vinieron
las mañanas vistiendo clámides rosa-oro.
La sed y el espejismo—ladrones—recorrieron
en derredor y siempre la batalla perdieron.
Del simún ocho fieles beduinos vencieron,
y el himno en el oasis prevaleció sonoro.

Tres jornadas. Epílogo: al final de la senda,
—La tarde bendecía la humilde caravana—
cansados dromedarios al lado de la tienda
rumiaban pensativos... ¿Acaso más contienda
te espera, peregrino? Y responde la ofrenda
oriental de un lucero con elocuencia humana.

Angel Mergal.

Seminario Evangélico, Río Piedras.